

Para el Premio Ejército del Aire y del Espacio 2024

Modalidad de creación literaria

¡AL FRENTE!

Hace frío. Y más, se dice, va a hacer ahí arriba. Sorbe un poco de lo que con buena voluntad puede llamar café, esa achicoria amarga que por lo menos calienta el cuerpo, y mira a través de la ventana. El viejo cristal soplado deforma el paisaje como a través de los ojos de un borracho, pero se puede adivinar el azul límpido, las ramas inmóviles de los almendros, el sol brillante pero que se niega a calentar la atmósfera gélida de ese amanecer otoñal. Es un día excepcionalmente frío incluso para ese aeródromo que todos llaman *La Heladera*, anclado en un altiplano en el que el mercurio se resiste a subir aunque desde las alturas que lo circundan se pueden vislumbrar los amplios campos que van descendiendo hacia la ciudad de Valencia, y con ella una promesa de mar y calidez. Apura la taza esmaltada y la deja junto al puchero de falso café que se mantiene caliente sobre la estufa de hierro. No le hace falta cafeína para despejarse, piensa con resignación: ya se encargarán de eso el frío y el viento. *Nada como un vuelo en cabina abierta para despejar las ideas y abrir los ojos*, decía el capitán Gerasimov en un ruso cerrado que las traductoras apenas podían seguir, la brisa helada del mar Caspio azotándole el rostro.

Se cierra el pesado mono de cuero negro y se ciñe el cinturón. El vuelo de hoy va a ser sobre territorio propio, pero la línea del frente no está, desgraciadamente, tan alejada como para descartar nada: un encuentro fortuito, una persecución y en cinco minutos puedes estar recibiendo fuego tanto desde el cielo como desde el suelo. Aunque la ligera *Ruby* del 7'65 que acaba de comprobar, alimentar y meter en la pistolera no serviría de mucho si cayera en el otro lado. *A ver, manos arriba, los legionarios a ese lado y los moros a ese otro, y que no os vea mover un dedo, sois mis prisioneros*, ríe imaginando el absurdo cuadro. Coge el casco de vuelo y los guantes, se despide del metódico escribiente que le ha pasado el plan de vuelo y el mapa y, al salir de la vieja alquería, convertida en puesto de mando y alojamiento, siente como el frío le muerde el rostro como la dentellada de un animal feroz.

Joder, gruñe mientras se coloca los guantes, los asegura con la hebilla y cruza las manos para ajustarlos a sus dedos. Pisa fuerte para que las botas no pierdan el poco calor que han acumulado junto a la estufa y echa a andar hacia la pista. Ahí

está, silueteado contra el sol que empieza a entregar, avaro, migajas de su calor: parece un pájaro que intentara calentarse a la tibia luz, un pájaro tropical y multicolor, verde y azul, adornado por unas anchas franjas rojas y el destello tricolor de la bandera en la cola. Sigue caminando con pasos torpes, las piernas constreñidas por el grueso pantalón de cuero forrado, observando con aprobación el trajín al lado del aparato: la cuba del combustible, un camión ZIS ruso de la última hornada, se está retirando a su refugio, una ancha trinchera reforzada con sacos terreros. Los mecánicos aproximan al motor radial el desvencijado Ford que alguien había requisado en los primeros días de la guerra y que todavía resistía milagrosamente, al que se había adaptado artesanalmente un arranque Hucks, una maraña de cadenas de bicicleta, platos, piñones y varillas enhiestas esperando a hacer su función.

— Buenos días, camarada teniente — dice el sargento Planells, llevándose el puño a la sien con marcialidad. Lleva ladeada con garbo la gorra azul con el galón rojo y sobre el mono de faena lleva una gastada pelliza de pastor que le protege del frío.

— Buenos días—, dice contestando al saludo. —¿Todo *jarasho*? —pregunta, y el sargento sonrío.

—*Ochin jarasho* —contesta, cómplice, continuando con la broma privada que ha hecho que el cabo Cuenca los mire de reojo. Planells había hecho el curso de especialización en la escuela de mecánicos de Godella con instructores soviéticos. Mecánico en la Aeronáutica Militar de antes de la guerra, no había tardado en dominar los entresijos del radial Shvetsov como antes había dominado los Hispano Suiza y Elizalde refrigerados por líquido de los Nieuport y Breguet. Mientras pistones, bujías y alternadores carecían de secretos para él, los idiomas no eran precisamente su fuerte. Las farragosas lecciones que un traductor repetía trabajosamente en castellano habían hecho que un curso de dos meses hubiera acabado durando cuatro, pese a lo cual Planells había acabado con tres únicas palabras de ruso: bueno y malo, *jarasho* y *plojoi*, y el aumentativo *ochin*. Sus informes prevuelo a los pilotos rusos se reducían entonces a ese *muy bien, bien, mal, muy mal* que los desesperaba y hacían que el comisario de la escuadrilla lo mirara intentando adivinar si tenía verdaderos problemas con el idioma o estaba directamente burlándose de ellos. Pero

eso era cosa del pasado, ahora la escuadrilla era cien por cien española y sus informes a los pilotos eran concisos y libres de esa retranca que había estado a punto de costarle un disgusto, ya que los comisarios destacaban tanto por su celo revolucionario como por su absoluta carencia de sentido del humor.

—¿Había problemas dentro? — pregunta, señalando los parches de tela engomada que cubren los impactos de dos días atrás en la trasera del fuselaje, justo tras la banda roja y el numeral, y el sargento niega con la cabeza.

— Han sido limpios, por fortuna. Nada, pasaron de parte a parte, aunque menos mal que el fascista tiró con las de siete milímetros, si hubiera sido una de las pesadas del doce y medio no habría sido lo mismo, ya me entiendes, teniente. Un actuador del timón de profundidad estaba rozado, apenas un refilonazo pero aprovechamos para cambiarlo por uno del CA 96, que está hecho una pena y ya no vale más que para repuestos: un día de estos el pobre se va a quedar repelado como la raspa de una sardina. La gente estuvo hasta las tantas ajustándotelo a la luz de los faros del camión, por cierto pelándose de frío, pero el cacharro lo tienes *jarascho*, camarada teniente.

Asiente con la cabeza y acaricia con cuidado los parches sobre la tela tensa y rígida del aparato. Es como si no hubiera ocurrido nada, se dice, pero en su cabeza vuelven a bullir la tensión del combate, la excitación y el miedo que se agarra de nuevo a la boca del estómago: el cielo limpio sobre El Toro, un Savoia 81 solitario, tal vez con problemas de motor; tableteo de armas y olor a humo de pólvora, la repentina presencia de una patrulla de Fiats cayendo desde el sol y la súbita urgencia, el miedo, la certeza de que ya no tiene nada más que hacer allí sino romper el combate en busca de las líneas propias.

— Pues si todo está *jarascho*, vamos al tema. ¿Combustible?

— Medio depósito, el mayor Lozano dijo que para el vuelo de prueba de hoy es más que suficiente.

— ¿Medio depósito? ¿Qué le pasa, que cree que me quiero pasar o qué? — rezonga y el sargento se encoge de hombros. Y yo que quieres que te diga, dice sin palabras. Somos disciplinados soldados de la República y obedecemos las órdenes superiores y todas esas frases campanudas que quedan tan bien en el *Estampa* junto

a la foto de un varonil piloto que mira más allá del horizonte. El teniente da un bufido resignado y se abrocha el barboquejo del casco de vuelo. — ¿Y cómo va de aceite y munición? — pregunta.

— Aceite al completo y las cuatro máquinas están cargadas a tope: disposición habitual, una trazadora cada cinco cartuchos, para no perder detalle de los impactos, si es que los hay— dice el sargento con su habitual retranca, cerrando la trampilla que cubre las ametralladoras y las cajas de munición.

— Pues vamos yendo; ayudadme a subir que se nos va la mañana— dice, y deja que el cabo le coloque el paracaídas, el incómodo asiento sobre el que va a sentarse la próxima hora y pico y que siempre se ajusta con recelo. A diferencia de muchos de sus compañeros, que lo ven como un salvavidas indispensable, no se fía de ese paquete de seda comprimido y rígido que acaba por clavarse, doloroso, en las nalgas. Además, no le gustaría verse colgando de esa campana de seda, inerme como un pato de feria, mientras a su alrededor zumbaran motores y balas. Dicen que los de enfrente ametrallan regularmente a los pilotos que saltan en paracaídas, y sabe de buena tinta que entre los suyos no falta quien ha hecho otro tanto. A él, personalmente, le repugna lo que no es más que un asesinato a sangre fría, pero se cuidará mucho de echar en cara nada a quienes lo hagan. Cada cual tiene sus odios, sus rabias, sus motivos más o menos oscuros para centrar en la mira a un piloto desarmado y apretar las palancas de disparo. Ese no es su caso, a pesar de los combates, las pérdidas de compañeros y las bajas civiles que ha podido ver en Barcelona o Madrid, que han hecho más de una vez que la hiel le suba a la garganta y el odio le nuble la razón. Allá cada cual con su conciencia, y si uno de los de enfrente es derribado y mientras cuelga de la seda cae bajo las balas de un compañero, no será él el que proteste. *Gajes de la guerra*, se dice.

Apoya el pie en el ala inferior, se coge al borde de la portezuela abierta y, torpemente, levanta la pierna derecha como si fuera a montar en un caballo y se introduce en la diminuta cabina. Se acomoda lo mejor que puede sobre el paquete del paracaídas y deja que el cabo y el sargento trajinen con los atalajes mientras coloca los pies en los pedales y comprueba la soltura de la palanca de mando, la obediencia de los alerones y timones, la limpieza y el ajuste del gran colimador de

tiro que ocupa buena parte del parabrisas y termina, amenazador, a pocos centímetros de su cara.

— Camarada teniente— dice el escribiente, que ha llegado a la carrera desde la caseta con un papel en la mano. — Defensa de Costas reporta actividad naval, solicitan un reconocimiento al largo de Sagunto y Valencia.

—¿Con medio depósito? ¿Estamos locos? — gruñe, malhumorado.

— El mayor dice que Manises está sobre aviso, que reposte ahí si es necesario— dice, y entrega una copia a carbón del plan de vuelo que se coloca, resignado, en el portamapas de la pierna.

El sargento ladea la cabeza, murmurando por lo bajo contra la cadena de mando y las ideas de última hora, se baja con agilidad del ala inferior y cierra y asegura la portezuela de la carlinga. Da unos pasos atrás y comprueba que la gente del Ford ha enganchado el Hucks a la hélice y esperan su señal. El teniente ceba el motor con cuatro golpes de la palanca de gases y mira al sargento, asintiendo.

—¡Magnetos! — escucha gritar al sargento, y gira el selector a la posición intermedia, seleccionando ambos. Levanta la mano dando el correcto y los del Ford arrancan su asmático motor. Lo engranan a la larga cadena del Hucks que, enganchado a la hélice la hace girar dos o tres vueltas hasta que el motor cobra vida, comienza a toser y por fin a ronronear. La inercia del giro suelta y empuja hacia atrás el brazo del arranque de la hélice y los operarios retiran marcha atrás el Ford. Comprueba los relojes, que han cobrado vida: revoluciones que vibran y obedecen a su manejo de la palanca de gases hasta quedarse estables, las agujas de temperatura de motor y de aceite, que comienzan a desperezarse y ascender. Da un suave empujón a la palanca de gases y siente cómo el motor se impacienta y el avión se estremece. Levanta el brazo y comprueba que el sargento y el cabo enseñan los calzos, uno a cada lado. Asoma la cabeza fuera del parabrisas y puede ver que el Ford de arranque está detenido a un lado, lejos de su trayectoria. La senda hacia la pista está despejada: da un tirón al cable que arma las ametralladoras y coloca la mano sobre la palanca de gases, al mismo tiempo tenso y satisfecho.

Es la hora de volar

Ha empezado a sonar al poco de cruzar la puerta del cementerio. Un rumor apagado que parece venir desde levante y que poco a poco va creciendo, reverberando entre los ricos panteones. No suenan las sirenas por el momento, pero decide, prudente, resguardarse en los soportales de columnas dóricas que protegen las hileras de nichos.

—¿Será de los nuestros? — pregunta una voz a su espalda, y otra voz contesta con sorna.

— Y si no, lo que traen es para nosotros...

Alguien ríe, nervioso. El rumor crece hasta convertirse en un tronar agudo y monótono.

— Es el *Zapatones*. Maldita sea su estampa.

Las sirenas empiezan a sonar lejanas cuando lo ven pasar, lento y majestuoso, despreciando el estridente sonido que va creciendo a lo lejos, como diciendo con chulería *aquí estoy*: es un biplano bimotor gris, con dos grandes flotadores que le han valido su nada cariñoso apodo. Dicen que estos son alemanes, que vienen desde Mallorca y que suelen cebarse con los buques que se aproximan al puerto, aunque este parece que busca adentrarse hacia el interior y la ciudad.

Que no vaya hacia la estación, que no vaya hacia casa, piensa Pura, y se debate entre la urgencia de volver, asegurarse de que Jose y sus padres estén bien o cumplir con la obligación diaria que se ha impuesto desde hacía seis meses. Permanece atenta al rumor del motor que se desvanece: no se escuchan disparos de la antiaérea ni estampidos de bombas. El lamento de las sirenas se va atenuando, y el silencio final hace que se tranquilice. Vuelven a cantar los pájaros y un lento gato de cementerio cruza delante de ella, indiferente. El grupo que se había resguardado en los soportales comienza a deshacerse, aliviado, y Pura retoma su camino bajo la sombra de los cipreses.

El cielo está azul y limpio, y unas lentas gaviotas orbitan el aire. Ella sigue un momento con la mirada: hasta hacía un par de años eran todo lo que surcaba el cielo sobre la ciudad. De tanto en tanto se escuchaba en el cielo el sonido de un motor, más desde que habían abierto un aeródromo en Manises hacía unos pocos años, pero los aviones eran todavía una rara novedad, a pesar de que recordaba que

su padre la había llevado de niña a ver a aquél Vedrines que alcanzó tanta fama hacer una exhibición de vuelo en la playa. *Es increíble, estamos ya en el futuro*, había dicho su padre una y otra vez, fascinado ante el aparato que sonaba como una máquina de coser y apenas se elevaba unos pocos metros sobre las olas que rompían perezosas en la Malvarrosa. También recordaba vívidamente la excitación con la que toda la ciudad se había echado a la calle, a pesar de la lluvia, para ver como el *Graf Zeppelin* surcaba el cielo, tres o cuatro años atrás. Se asombró ante ese aparato gigantesco, más grande que los mercantes que atracaban en el puerto: un inmenso cigarro puro de piel plateada que se desplazaba grácil por el cielo, como un presagio de paz y progreso que no había sido más que un espejismo; no en vano había llevado en las aletas de la cola las enseñas rojas, blancas y negras de la esvástica que ahora se le antojaban un aviso, un presagio de lo que había de ocurrir.

Ahora el sonido de un motor de aviación anunciaba momentos de muerte, de terror, de explosiones y destrucción. No haría dos meses del último ataque que se había cebado en la estación. Se había refugiado bajo la gruesa viga del dintel de la entrada de carros, junto a sus padres. Su padre había perdido la fascinación por el progreso y maldecía a los aparatos casi invisibles que lanzaban su carga desde gran altitud. Apenas habían vislumbrado las siluetas oscuras: tres aparatos que habían descargado sus bombas, una de las cuales había caído tan cerca de la casa que Jose, al que el bombardeo había sorprendido en la huerta, había sido arrojado al suelo por la explosión con tal fuerza que se había sacado el hombro de sitio. Al menos, pensaba, eso le había librado de la movilización durante un tiempo, aunque quién sabe si podría librarse definitivamente de ponerse el uniforme y agarrar un fusil: con su bronquitis crónica qué iba a hacer en el frente, si trabajar en el campo le costaba ya la vida.

Todavía tendría que agradecersele al italiano que había arrojado la bomba. ¿Qué hacían, pensaba muy a menudo, todos aquellos extranjeros matándose en un país que tal vez no podían ni situar en el mapa? Italianos y alemanes en un lado, en el otro internacionales y rusos. A estos últimos los conocía muy bien, ya que habían colocado una batería antiaérea muy cerca de su casa, protegiendo la playa de vías y la estación: unos tubos de color verde oscuro, verticales y amenazadores que disparaban con un estampido agudo que hacía estremecerse los cristales a pesar de las

bandas de papel engomado. Si las sirenas sonaban por la noche encendían unos enormes focos que proyectaban columnas de luz hacia el cielo y que lo bañaban todo de una luz cruda y azulada, tan intensa que su vecina Rosario aprovechaba para barrer con parsimonia la entrada de su alquería, a pesar de las sorprendidas advertencias de los artilleros.

Los oficiales rusos solían ser reservados y recelosos; mantenían las distancias con los civiles pero los soldados eran invariablemente amables y atentos, a pesar de que su idioma les parecía a todos una jergonza incomprensible. Uno de ellos, un hombretón de cabello rubio y de ojos del color del acero, del que sólo habían podido comprender que se llamaba Yaroslav, se había prendado de Purín: por sus gestos y actitud habían comprendido que la niña le recordaba a su propia hija, y ésta, con la inocencia de sus dos años, parecía entender perfectamente las extrañas palabras del hombre. Había hecho un caballito de madera que Pura le había visto tallar en los ratos muertos de guardia junto al cañón, y Purín se lo había agradecido con una alegría inocente que había hecho que el ruso se emocionara hasta las lágrimas. A pesar de las advertencias de los oficiales, solía dejarles alguna preciosa lata de *tushonka*, una especie de carne guisada que sacaba con disimulo del macuto. Incluso alguna vez había echado una mano a su marido con el carromato y le habían correspondido con unas pocas cebollas y patatas del huerto que el ruso recibía con alegría, trayendo a su vez algunos granos de café verdadero que Pura molía y colaba, y por unos instantes parecía que la vida hubiera vuelto a esos días antes de la guerra que se les antojaban tan extraños: compartir el café y un chorrito de anís con Jose y Yaroslav acodados en la ventana de la cocina, Purín jugueteando con el ruso que fingía que le robaba la nariz y volvía junto a los cañones, sonriente y feliz por unos momentos. Un mes después de la desgracia, que el pobre hombre había intentado combatir dándoles botes de leche condensada rusa que habían resultado inútiles, había desaparecido junto con sus compañeros. Otros rusos los habían sustituido, y Pura rogaba por que hubieran vuelto a sus lejanos hogares con sus familias y no hubieran acabado en el matadero del Ebro, que tantos hombres jóvenes de ambos lados estaba devorando.

Entra en la sección nueva del cementerio y se dirige al primer bloque de nichos. Como es tan menuda, tiene que coger la escalera para alcanzar la segunda

hilada con comodidad. Enfrenta el nicho que no tiene lápida, sino tan solo una inscripción marcada con un clavo en la escayola, unas iniciales y una fecha. Mira de reojo que no haya alrededor nadie la observe y se santigua; aparta las flores ajadas que había dejado días atrás y saca del bolso unas margaritas tardías que coloca con cuidado, atándolas a una alcayata con un bramante. Pone la palma de la mano sobre la escayola rugosa y la mantiene un largo rato, como tratando de insuflarle vida y calor.

— ¿Sabes, Purín? Hace un rato que me estaba acordando de tu amigo Yaroslav...

Ha dejado atrás las motas verdes de olivos y algarrobos sobre la tierra parda y los ha sustituido la amplia superficie verde de los campos de naranjos. Ha rebasado la sierra Calderona y dejado a su izquierda la montaña de Sagunto. Sobrevuela los Altos Hornos y el puerto, que ese día tan sólo acoge a unas pocas barcas de pesca, y se dirige al este, sobre el mar. Anota hora y rumbo: toda precaución es poca, ya que es fácil desorientarse en esa masa sin referencias, azul sobre azul, a pesar de que no pretende adentrarse en el mar más que lo necesario en busca de esos buques que han alertado a los de defensa de costas. Comprueba combustible y calcula que tendrá como para media hora de patrulla sin problemas. Alabea, escudriñando el cielo, gira la cabeza atrás, vuelve a mirar al frente, recordando el susto de dos días atrás, cuando los Fiats se le echaron encima desde lo que había parecido una nube inocente y había podido escapar de milagro, aprovechando la capacidad de trepada de su avión.

Nadie, se dice con alivio al ver la limpia inmensidad azul, y pasa a concentrarse en su misión. El frío helador que había sentido al despegar en Alcablas parece haber remitido un poco, y el sol hace que las superficies metálicas se sientan ligeramente tibias. Por unos instantes disfruta del puro placer de volar, que ya casi había olvidado: el hormigueo en el estómago, la sensación de ingravidez, el viento silbando en las riostras y el bramar del motor. No lo había vuelto a sentir desde que había salido de Kirovabad, un año atrás; allá junto a los pozos de Bakú podían volar sin preocupaciones, concentrándose en desarrollar sus capacidades, algo que ni en la

escuela de El Carmolí habían podido repetir, ya que allí la posibilidad de una incursión de cazas enemigos no era para nada descartable a pesar de la lejanía del frente.

Aquellos meses en la Unión Soviética le parecían ahora un paraíso. *El comisario Mirov habría estado satisfecho*, piensa con ironía: desde que habían partido de Cartagena en un buque francés tras las extenuantes pruebas médicas y exámenes, los rusos habían hecho todo lo posible por demostrar que la Unión Soviética era el paraíso terrenal. Habían desembarcado en Odessa, en el Mar Negro: tanto en el puerto como en el largo viaje en tren hasta Kirovabad habían sido festejados, saludados, aclamados por multitudes entusiastas, tal vez *demasiado* entusiastas. Rómulo, el hijo del doctor Negrín que iba a formarse como piloto, había comentado por lo bajo que las ciudades por las que pasaba el tren le parecían decorados de película, pero nadie dejaba de sentirse fascinado por esa, parecía, sociedad ideal y feliz. Las instalaciones de la Escuela eran modélicas, la mesa del comedor, que presidían las fotografías de Lenin, Stalin y una amplia variedad de héroes soviéticos, rebosaba de pan, mantequilla, queso y carne. A cuarenta minutos de vuelo, los inacabables campos petrolíferos de Bakú mostraban la autosuficiencia de la URSS en combustible, que podían casi derrochar vuelo de instrucción tras vuelo de instrucción.

En las clases de formación política de la escuela, que la mayoría de los pilotos consideraban una *maría* innecesaria que les quitaba tiempo de estudio y práctica, el comisario Mirov había atacado más de una vez a todos los que no mostraban una perfecta ortodoxia comunista. García Lacalle, que dirigía la promoción, solía asentir disciplinadamente a la traducción del discurso a cargo de una argentina muy joven que se llamaba Clara Rosen, pero algunos de los alumnos eran más críticos. Todos habían pasado por un minucioso cribado político; él mismo era hijo de un ingeniero que había trabajado en Cuatro Vientos junto a Emilio Herrera y había sido un oficioso secretario de Izquierda Republicana en Madrid, al que el mismo Azaña trataba con especial afecto. El aval de Herrera y el contacto casi directo de Presidencia de la República le habían abierto las puertas de la Aviación: en aquellos días del 37 había pensado que le permitiría, al acabar la guerra, seguir los pasos de su padre en el Laboratorio Aerodinámico, y la firma de Indalecio Prieto le protegía de las atenciones directas del comisario. Sin embargo, sus compañeros Montilla y Sáez de la Calzada se habían enfrentado al comisario cuando había acusado de tibios o directamente de

traidores a socialistas, anarquistas y republicanos. Éste parecía haber encajado bien las críticas y había continuado con su dialéctica; a nadie le había parecido casual que los vuelos de entrenamiento de ambos se fueran espaciando con las excusas más peregrinas y que a la vuelta a España pudieran comprobar que Mirov había dado parte de ambos: Montilla había languidecido sin volar varios meses y Sáez de la Calzada había abandonado la Aviación para ir a combatir como un soldado de a pie en una Brigada Mixta. A pesar de aquella demostración de poder el comisario había desaparecido de la escuela un mes después, al mismo tiempo que, sin una explicación, habían visto retirar la fotografía del Mariscal Tukhachevsky de la pared del comedor.

No envidiaba a Sáez, al que imaginaba envuelto en una manta raída en alguna trinchera, aunque tampoco su destino era precisamente envidiable. Ya rara vez volar era un placer: se volaban servicios agotadores para combatir, para arrojar bombas o ametrallar a las tropas de tierra; para, simplemente, matar. ¿A cuántos habría matado en ese tiempo de guerra? Desde luego el Junkers sobre Teruel había caído envuelto en llamas, y lo había visto estrellarse sin un solo paracaídas abierto, y la *Pava* que había derribado el septiembre pasado había estallado en una bola de fuego a más de quinientos metros de altura. También recordaba los camiones italianos que ametrallaron a placer en los felices días de Guadalajara, en los que la República había dominado el cielo. Había visto salir de ellos racimos de soldados que corrían aterrados, contra los que disparaban y arrojaban las pequeñas bombas que cargaban bajo las alas con esa extraña sensación de impunidad y de poder absoluto que hacía que, al aterrizar, sintieran un extraño vértigo que les impedía hablar y asumir el verdadero alcance de la caza indiscriminada de seres humanos que acababan de realizar. Ese tiempo había pasado y volar era ahora la permanente sensación de que en cualquier momento un Fiat se dejaría caer sobre la cola y todo acabaría en una bola de fuego cayendo sin control hacia el suelo. Como había ocurrido tantas veces: no podía olvidar a Echevarría, cuyos restos apenas habían podido reconocer cuando se apagó el fuego de su Mosca, alcanzado por un Messerschmitt al intentar despegar; como había ocurrido con el Junkers y la *pava* que había derribado, que se le presentaban demasiado a menudo en sus pesadillas, cuajadas de llamas y humo negro como la muerte.

Suspira, apartando de su mente esas imágenes tan negativas, y mira a su derecha. Ve unas manchas sobre la superficie del mar: son tres buques en línea, dos que parecen ser destructores y uno mucho más grande, probablemente un acorazado. Desciende suavemente dando un amplio giro, sin brusquedades, como dando a entender que sus intenciones no son agresivas; los buques permanecen en su rumbo, sin tomar medidas defensivas ni hacer fuego antiaéreo, con lo que imagina que no son alemanes o italianos, que no iban a pensarse mucho el dispararle, y desde luego no se trataría del famoso *Canarias* o del *Cervera*, que habrían abierto fuego ya con toda su antiaérea. Alabea suavemente y pasa al largo del costado de estribor del buque más grande: puede distinguir las grandes torres de artillería, las anchas chimeneas y, por fin, las marcas de neutralidad rojas, blancas y azules: es un inglés, y puede asegurar que se trata del crucero de batalla *Hood*. Lo había visto en el puerto de Valencia, donde había entrado para ahuyentar a los bombarderos enemigos que habían alcanzado algunos mercantes ingleses allí atracados. Ese día se había quedado asombrado de la inmensidad del buque, que decían era el más poderoso del mundo. Puede distinguir un menudo grupo de hormigas, la tripulación en la cubierta observando su vuelo y los imagina recelosos, las armas antiaéreas dispuestas, y no puede sino darles la razón, ya que pocos meses atrás los *Katiushas* habían bombardeado por error a dos destructores ingleses que rescataban a los naufragos del *Baleares*.

Buena manera de hacer amigos, aunque quién les mandaba meterse en medio de una batalla como aquella. La ley del mar, ayudar a los que estén en el agua, aunque sean tus enemigos, eso dice la gente de la Marina, piensa. En su mente resuena una cancioncilla que, con la música de la popular "Alirón" celebraba la victoria del cabo de Palos:

*En el cabo de Palos, sobre las aguas
Retumban los cañones suben las llamas
¿Qué será, ay que pasará, que estará pasando?
La Marina española que está luchando...*

aunque tenía muy claro que, a pesar de la espectacular victoria de los destructores contra el crucero pesado, el bloqueo enemigo seguía más que activo. Decide alabear

brevemente a modo de saludo a los marinos ingleses, que cumplen con esmero con las patrullas de neutralidad a diferencia de alemanes, italianos y, ha de reconocer, rusos, que aprovechan para informar inmediatamente de los movimientos de los mercantes en rumbo al otro lado. La *No Intervención*, lo llaman desde la Sociedad de Naciones, pero eso son cuestiones de política internacional que se le escapan, así que empuja la palanca de gases y tira atrás, elevándose de nuevo; marca en el mapa posición, hora y la posible identificación de los buques y mira el indicador de combustible, que marca un poco por encima del quinto de capacidad.

Duda entre, cumplida la misión regresar ya a Alcublas, o aprovechar esos diez minutos extra para disfrutar del vuelo y, como ha dicho el mayor Lozano, aterrizar en Manises y repostar allí. Piensa que Valencia está a un rato de camioneta desde el aeródromo y no le será difícil conseguir un hueco para llegar a la ciudad: la imagen de una bañera de agua caliente, de una cerveza fría y de un plato de sopa humeante en el hotel Metropol le tienta. *Qué demonios, una orden del mayor es una orden*, se dice y decide alargar la patrulla durante unos minutos, al menos hasta la montaña de Cullera que cierra el Golfo de Valencia por el sur. Está de buen humor y canturrea la canción que, reconoce con alegre resignación, ya no va a poder quitarse de la cabeza en el resto del día

*¿Para qué tantos humos, tantos faroles
si nuestros marineros son españoles?
¿Qué será, ay que pasará, que habrá sucedido?
La Marina española que ya ha vencido*

Mira a su derecha, a la mancha azulada de la Albufera y la superficie marrón de los interminables campos de arroz que están en el momento de la inundación previa a la siembra, y es entonces cuando lo ve. Al principio no es más que un destello, un reflejo que puede achacar a la superficie de la laguna, pero al fijar su atención comprueba que se trata de un avión que encara el mar a unos tres mil pies por debajo de su cota. Vira a la derecha para interceptar su rumbo; con las velocidades sumadas los dos aparatos se van aproximando rápidamente, y puede identificarlo con seguridad: es uno de los hidros alemanes, de los que llaman *Zapatones*, que sigue su rumbo sin realizar ninguna maniobra de evasión. No puede creer que no le haya visto, y duda por un segundo qué debe hacer: los *Zapatones* llevan un poderoso cañón de

veinte milímetros en el morro con el que hostigan a los buques pero que sabe que con un par de impactos sería letal para la ligera estructura de su avión. La distancia se va acortando rápidamente y siente que la adrenalina recorre sus venas, haciendo que se decida en un segundo: pica con los gases a tope y cierra distancia, pega el ojo al colimador telescópico y espera que el avión, gris con las aspas blancas en las alas, vaya llenando la retícula. Unos destellos surgen del morro del hidroavión y se le encoge el estómago, porque al fin lo han descubierto y están tirándole con el maldito cañón, pero ya el *Zapatonas* ha llenado la mira y aprieta los gatillos en la palanca de mando. La vibración de las cuatro ametralladoras se superpone a la del motor, la boca le sabe a humo de cordita y puede vislumbrar las líneas de humo de las trazaradoras hundirse en el fuselaje gris, pero apenas dura un segundo porque da un fuerte tirón a la derecha y atrás y el alemán desaparece del colimador.

Mira a la izquierda y abajo, el *Zapatonas* ha roto hacia su derecha y el motor de babor parece escupir una fina nube de humo blanco. *El aceite*, piensa con cruel satisfacción. Aprovecha la sustentación extra que le dan las alas en gaviota para ceñir el giro y vuelve a enfrentar al *Zapatonas*, dispuesto a atacar de nuevo. El artillero dorsal del hidroavión le tira cortas ráfagas: por un instante siente algo parecido a la admiración por ese hombre que, con medio cuerpo fuera del fuselaje, está enfrentándolo con la débil ametralladora. Los destellos en el cañón de la máquina le recuerdan que sigue siendo una amenaza mortal: juega con los pedales y la palanca para ofrecer un blanco más esquivo sin perder la trayectoria que le lleva a centrar de nuevo al aparato enemigo en el colimador. Uno, dos segundos; vuelve a accionar los gatillos de la palanca, y simultáneamente a sus disparos que riegan el fuselaje trasero y el motor de estribor del *Zapatonas* puede sentir los impactos que recibe en el ala de babor. Rompe de nuevo, esta vez a la izquierda, y gana de nuevo altura, casi colgado de su motor. El *Zapatonas* continúa con su rumbo este dando torpes bandazos, intentando alejarse de la costa enemiga, llegar a su base en Mallorca, salvar la vida. El motor suena firme, y da una rápida ojeada a los instrumentos: la temperatura del aceite es correcta y no parece estar echando humo; los impactos han sido en el extremo el ala y todo parece ir bien. Casi se ha decidido a dar una tercera pasada para rematar la faena cuando ve que el indicador de combustible está casi rozando el cero.

Maldice su mala suerte, una y otra vez. Reduce gases y estabiliza a unos

seis mil pies; tiene que volver ya y sabe que va a llegar a Manises bien apurado de gasolina. Observa cómo su presa se aleja cada vez más, las estelas de aceite quemado marcando su rumbo. *Espero que te estampes, cabronazo*, dice en voz alta, ahogado por el estruendo del motor, pero súbitamente le viene a la cabeza la imagen del artillero dorsal: enfrentándose a él sin vacilar, con su ametralladora frente a las cuatro máquinas de su avión. Siente que el instinto de cazador, el ansia de sangre se escapa con la adrenalina que ya empieza a sudar y empapar su uniforme de vuelo. *Fascista o no, ese tirador se la ha jugado con un par*, piensa; no sabe si la última ráfaga de sus cuatro máquinas habrá atravesado la débil protección del fuselaje y habrá alcanzado al artillero. *Sería un alemán nazi, un fascista, un vete a saber qué; tal vez alguien al que la guerra pilló en el otro lado y cumplía, de buena gana o por salvar el pellejo o el de algún familiar*, se dice. Echa una última ojeada al hidroavión que ya es casi la misma manchita brillante que había descubierto tres minutos atrás, tres minutos que ahora le parecen haber durado todo un día.

Espero que el avión se estampe... y que a vosotros os recojan, rectifica. Saluda con la mano hacia el lejano rastro de humo blanco y pone rumbo oeste, en dirección a Manises. Entre el bramido del motor y el viento que azota la carlinga no puede escuchar que, alcanzado por una de las balas de la ametralladora del *Zapatos*, uno de sus cables de control ha comenzado a deshilacharse con un sonido de cuerda de piano.

Hace cinco minutos que ha salido del cementerio y duda entre acortar hacia su casa cruzando los caminos de huerta o esperar al tranvía. Hay cinco o seis personas esperando en la primera parada, y piensa que podrá realizar el viaje incluso sentada: la idea le parece tentadora y decide unirse a la cola. En los últimos tiempos se encuentra cansada e insiste en achacarlo a la alimentación escasa, a la pérdida de la niña, el trabajo de la casa y de la huerta y la tensión de los ataques aéreos y los cañoneos desde alta mar, pero sabe que esa no es la razón: ha tenido dos faltas y esa misma mañana ha tenido que salir rápidamente al excusado para vomitar el pobre desayuno. *Tal como están las cosas, estamos locos*, se riñe. Teme que la vida que empieza ya a sentir en su vientre pueda malograrse o, peor aún, nacer en mitad de esa guerra interminable: teme que sea arrullada por los estampidos de las bombas

y de los cañones, que crezca sufriendo hambre, que los piojos sigan acechando y que se contagie del maldito tifus que se había llevado a Purín en tres días.

Demasiado se había llevado ya la guerra: casi se había llevado también a su padre, un viejo republicano al que un vecino había acusado de *oler a cera* porque su primo, sacerdote, había escapado y estaba con los nacionales. Por fortuna el cuento había llegado a Rafael Olcina, un jefe comunista del barrio que conocía de toda la vida a su padre y había ido a buscar al delator en el Citroën negro que la gente había aprendido a temer. *Vente conmigo, que vamos a dar una vuelta*, había dicho, y se había llevado al soplón a la playa del Saler, donde solían acabar los *pa-seos*. *Como sigas malmetiendo con la gente honrada, la próxima vez te quedarás aquí, pero bajo la arena*, le había dicho antes de abandonarlo en la playa, solo y tembloroso, con una mancha oscura bajándole por las perneras. Ese hombre se había comportado con decencia y había salvado la vida de su padre, pero ¿a cuántos habría llevado a esa playa para no volver? ¿Habría sido el mismo que se llevó a Paco el sacristán? Unos y otros decían que luchaban por España, unos arrojándote bombas y los otros pegándote tiros en mitad de la noche, y el resultado de tanto odio no era sino la miseria, no era sino criaturas de dos añitos agonizando sin un médico que la intentara salvar o un sacerdote que rezara por ella.

El tranvía llega renqueante, y Pura sube a bordo sentándose en uno de los bancos de madera, cerca de la salida. El conductor gira el reóstato y el tranvía se pone en marcha con lentitud hacia la ciudad. Un hombre de cierta edad fuma los restos de un puro *caliqueño* y Pura siente náuseas ante el olor dulzón del humo; asoma la cara por la ventanilla, aspirando el aire frío, los ojos cerrados intentando abstraerse. Deja la mente en blanco por unos pocos instantes cuando sobre el chirriar de las ruedas metálicas se vuelve a escuchar un motor de avión. Abre los ojos, sobresaltada, y nota como el tranvía se detiene.

— Todos abajo— dice el conductor y abandonan el tranvía, apresuradamente. Están en mitad de unas huertas, sin sitio en el que refugiarse, pero al mismo tiempo sienten cierta tranquilidad porque intuyen que los aviones no van a descargar sus bombas sin sentido, sobre unos campos que en estas fechas están recién arados.

— Tranquilos, es de *la Gloriosa*— dice el hombre del *caliqueño* a su lado. Pura entorna los ojos y mira hacia el cielo: es, efectivamente, uno de esos aviones verdes y azules de doble ala que suelen llamar *Chatos*. *Esta vez no hay nada que temer*, piensa, y ve cómo el conductor vuelve con parsimonia a la cabina, seguido de los pasajeros. Se apresura a recuperar su asiento cuando el sonido del avión deja de ser monótono y se escucha de pronto entrecortado, como si se detuviera y volviera a arrancar. Levanta la vista y ve que el *Chato* está dando vueltas descontroladas, unas extrañas maniobras que no alcanza a comprender.

— ¿Qué hace ese tío de ahí arriba con esas piruetas? — dice el conductor con desprecio. — ¡Esas cosas en el frente, hombre! —grita, y los pasajeros se le unen con guasa: *¡Al frente, al frente!* gritan al principio burlones pero con una rabia que se va desatando, *¡Al frente, al frente, al frente!* ante lo que les parece una exhibición ridícula de un avión que ha llegado tarde para enfrentarse al *Zapatones*, uno de los cazas que nunca aparecen cuando las bombas caen sobre la ciudad. *¡Al frente, al frente!* siguen gritando, pero Pura no se les une: no sabe absolutamente nada de cómo se maneja uno de esos aparatos siente que el piloto no está haciendo esos giros para dárseles de héroe, y mira el extraño ballet en el cielo con aprensión.

El nivel de combustible se mantiene y el motor no da señales de estar sufriendo, con lo que se relaja un poco. Acaba de entrar desde el mar y encara el rumbo de Manises. Echa una ojeada a los retazos verdes y pardos de las huertas y, más tranquilo, decide acortar hacia la pista sobrevolando los barrios de la periferia que se entreveran con los campos de labor y las alquerías. Ajusta suavemente los gases cuando la palanca de mando parece cobrar vida y se le escapa con fuerza de la mano, atascándose a la izquierda. El horizonte desaparece y el avión queda invertido, el carburador se vacía y el motor tose un par de veces deteniéndose. Aferra la palanca con todas sus fuerzas e intenta corregir el giro, dando pedal al otro lado; apenas consigue que el avión se enderece un cuarto de giro, lo suficiente para que el carburador aspire combustible y el motor vuelva a arrancar. Por un momento el *Chato* parece obedecer y estabilizarse; echa una rápida mirada y descubre que el alerón izquierdo está suelto, batiendo descontroladamente en el flujo de aire y for-

zando el alabeo. El giro de la hélice le ayuda junto al timón a compensar ese desequilibrio, y por un fugaz instante cree que podrá controlar el vuelo e incluso tomar tierra, pero otro tirón brutal le arranca de nuevo la palanca de las manos hacia la izquierda.

— ¿Pues no sigue aún ese memo haciendo pinturitas? — dice el hombre del puro, escupiendo al suelo. Los labradores de un campo cercano han parado su faena y miran al cielo, apoyados en las azadas. El presentimiento de Pura se va convirtiendo en una dolorosa certeza, porque el avión se acerca más y más al suelo a cada vuelta descontrolada.

— Se va a matar— dice, y cruza la mirada con el conductor que cambia la expresión de desprecio por otra de incredulidad.

El motor sigue sonando entrecortado, y el teniente estira de la palanca hasta romperse los brazos, el pie izquierdo clavado en el pedal. *Se acabó*, piensa, asumiendo que el *Chato* está completamente incontrolable, y libera un momento la mano derecha para intentar soltarse el atalaje. Rápidamente piensa en el procedimiento: abrir la portezuela que lo constriñe en la cabina, soltar la palanca y dejar que el giro del avión lo arroje fuera. Supone que aún le quedará margen para abrir el paracaídas e intenta calcular la altura moviendo lentamente la cabeza contra la fuerte aceleración y mirando hacia el suelo.

— No me jodas — piensa o grita, porque ve que las primeras casas están justo enfrente, y si salta el avión se estrellará sin duda contra ellas. *Que les den*, piensa por un momento, y se suelta el atalaje, pero un segundo después ve la imagen del *Chato* en llamas entre las casas, el fuego devorando a los civiles que debería defender, los hombres, niños, mujeres por los que está volando, está combatiendo, está matando. *Mierda*, se dice y vuelve a tirar de la palanca hacia atrás, ganando unos valiosos pies de altura.

— ¡Remonta! — grita el conductor.

— Lo que yo os diga, ganas de hacer numeritos— dice el hombre del *caliqueño*, y Pura sonrío aliviada.

Ha cortado gases y deja que el alerón muerto le haga alabear, suelta el pedal y el *Chato* gira unos grados, alejándose de las casas. *Ahora, sí*, se dice, y vuelve a

dar motor y pisar el pedal para intentar estabilizar el avión y saltar. El motor tose una, dos veces. No arranca; el depósito casi vacío no ceba la bomba, comprende con horror: el *Chato* parece detenerse en el aire, ingrávito, casi como un remanso de paz y silencio. El viento deja de silbar y de hacer vibrar las riostras: no dura más de un par de segundos y el avión hunde el morro, resbala sobre el ala y entra en una pérdida incontrolable.

— ¡Otra vez con las piruetas! — dice el hombre del puro, y su expresión socarrona se hiela porque el aparato gira sin control, cayendo como una piedra y el teniente lucha contra la aceleración desbocada, intentando liberarse del abrazo mortal del avión, cayendo cada vez más rápido, más cerca del suelo que ya lo llena todo y Pura se lleva las manos a la boca porque el avión, rodeado de un silencio absoluto da un último giro, *¡Dios!* gritan Pura y el teniente y el *Chato* se estrella con estruendo en uno de los campos. Libre del atalaje el piloto es arrojado contra el parabrisas, se golpea con fuerza la frente contra el colimador y la brusca deceleración le empuja la cabeza hacia atrás con una violencia brutal que le parte limpiamente las primeras vértebras del cuello. No siente dolor, y en un último momento de conciencia tal vez piense que, gracias a Dios, no ha habido fuego en su muerte.

Han abierto la portezuela de la carlinga y entre algunos de los labradores que han acudido a la carrera sacan con dificultad al piloto, que está desmadejado, roto como un muñeco de trapo, y lo dejan en el suelo. El mono de cuero negro parece intacto, y tan solo la sangre que mana lenta por debajo del casco y le cubre la cara muestra la herida que tal vez lo haya matado. Pura levanta la mirada y la fija en el rostro del piloto, aun bajo la máscara roja le parece muy joven, de poco más de veinte años. *Otro chiquillo más, Dios mío*, se dice, arrodillándose a su lado. Marca en la frente del teniente la señal de la Cruz y se persigna: el conductor la mira de reojo, pero no dice nada. Ha sacado del bolso un pañuelo: uno de los pasajeros del tranvía ha buscado el pulso en muñecas y cuello y niega con la cabeza, así que le cubre la cara con el pañuelo que se tinte de rojo al instante pero que preserve un último resto de intimidad para el muerto.

— Venga, camarada, siéntate en el tranvía, esto no es para ti— dice el conductor, solícito. Pura da una última mirada al cuerpo y se encamina al tranvía. El día parece haberse vuelto oscuro y gris.

No es para mí, se dice con amarga sorna. No es para nadie: perder a una hija, casi perder a un padre, tal vez mañana perder al marido en el pozo sin fondo del frente. Estar rodeada de muerte, de muerte que se presenta de repente, como ese pobre muchacho ahí tirado que cinco minutos antes surcaba el cielo lleno de vida. No es para la gente muerta por los bombardeos, por la miseria, por los piojos y el tifus de mierda, por las venganzas y los odios.

Sube al tranvía y se sienta; hace muchos meses que parecía haber gastado sus últimas lágrimas, pero ahora que está sola rompe a llorar: llora por Purín, por Yaroslav y sus compañeros perdidos en un país lejano, por el chico del mono negro, por todas y cada una de las vidas perdidas en el inacabable absurdo de la guerra. Lloro durante largos minutos hasta que ve que los pasajeros van volviendo lentamente, silenciosos y tocados por la tragedia que acaban de vivir de manera tan inesperada. Abre el bolso en busca de su pañuelo y recuerda que ahora pertenece al piloto, así que se limpia con la manga del abrigo justo a tiempo, porque los asientos se van ocupando y el conductor sube a su cabina. Vuelve a mirar hacia el campo labrado: junto a los restos retorcidos del avión hay una camioneta militar, a la que unos soldados trasladan una camilla con el cuerpo del piloto, uno de cuyos brazos pende inerte bajo la manta que lo cubre.

— Vámonos— dice el conductor en voz baja, y el tranvía arranca, renqueante, dejando atrás los restos del *Chato*. Pura se lleva la mano al vientre: espera que la impresión por el accidente no malogre la vida que está por nacer. Ruega que ese embarazo llegue a término y que su hijo no tenga que conocer la guerra, la violencia ciega, el hambre y los piojos, el maldito tifus que se había llevado a su hermana. Ruega que a lo largo de su vida, cuando mire arriba lo haga con esperanza y sin temor, que el cielo deje de ser un campo de batalla del que sólo cae muerte y se convierta en un camino de paz y progreso. Ruega que, para su hijo, el cielo sea siempre azul.

El tranvía se pierde lentamente entre las primeras calles de la ciudad.

Los ruegos de Pura fueron escuchados y la vida que crecía en su vientre vivió una larga vida en paz que se prolongó hasta 2023. Fue una niña que se llamaba María Ángeles, que tuvo un hijo al que su abuela contó sobre 1984 la historia del accidente aéreo que presencié en el Cementerio de Valencia durante la Guerra Civil.

Ese nieto ha convertido ese recuerdo que se podría haber perdido en el tiempo en las páginas de este relato.

Marzo de 2024